

Tana French

El cazador



AdN

Tana French

El cazador

Traducido del inglés por Antonio Lozano

AdN

Título original: *The Hunter*

Primera edición: 2024

Diseño de colección: Summa Branding

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Tana French, 2024

© de la traducción: Antonio Lozano, 2024

© AdN Editorial (Grupo Anaya S. A.), 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-44-5

Depósito legal: M. 6.283-2024

Printed in Spain

*Para David, que ahora deberá ser amable
conmigo para siempre*

Capítulo 1

Trey sube la montaña acarreado una silla rota. La lleva a la espalda, sosteniéndola por encima de los hombros y con las patas apuntando hacia fuera, a la altura de la cintura. El cielo es de un azul tan intenso que parece glaseado y el sol le quema el cuello. Incluso los agudos y desvaídos trinos de los pájaros, que vuelan muy alto para ser vistos, vibran por efecto del calor. La dueña de la silla le ofreció a Trey llevarla de regreso, pero ella no tiene la menor intención de que la mujer se meta en sus asuntos. Tampoco la menor intención, ni la habilidad, de darle conversación durante el trayecto en coche por carreteras de montaña llenas de baches.

Su perro, Banjo, traza amplios y erráticos círculos por fuera de los senderos, olfateando y escarbando entre el tupido brezo, cuyas puntas están demasiado marrones y que desprende un aroma demasiado intenso para ser julio. Al abrirse camino por él, suenan crujidos. Cada pocos minutos, Banjo regresa brincando al lado de Trey para contarle, entre pequeños jadeos y gemidos de felicidad, lo que ha encontrado. Banjo es un perro mestizo, con una cabeza y un cuerpo de *beagle* encajados en unas patas propias de una raza más rechoncha, y es mucho más hablador que Trey. El nombre le viene de una franja blanca en forma de banjo que luce en la tripa. A Trey le habría gustado algo mejor, pero a su mente no suelen acudir ideas elaboradas, y las alternativas le sonaron a como cualquier capullo de manual llamaría a su perro. Al final le dejó Banjo. Cal Hooper, el americano que vive a las afueras del pueblo, llamó Rip a su perro, que es de la misma camada que Banjo, y si

un nombre sencillo es lo suficientemente bueno para el perro de Cal, también lo es para el de Trey. Además, ella ya pasa gran parte de su tiempo en casa de Cal, por lo que ambos perros pasan gran parte de su tiempo juntos, y sonaría estúpido llamarlos de modos que chocaran.

La casa de Cal es donde Trey piensa llevar más tarde la silla rota. Cal y Trey arreglan muebles, o los fabrican, y compran muebles desvencijados para restaurarlos con la intención de venderlos en el mercado que se organiza los sábados en la localidad de Kiltarrow. Una vez recogieron una mesita que a ojos de Trey parecía inservible, demasiado pequeña y larguirucha para sostener nada reseñable, pero Cal descubrió por internet que tenía casi doscientos años. Cuando hubieron acabado con ella, la vendieron por ciento ochenta euros. La silla que Trey acarrea tiene astillada una pata y dos varillas, como si alguien hubiese invertido tiempo y determinación en patearla, pero, cuando haya pasado por las manos de ambos, nadie pensará que un día estuvo rota.

Primero piensa almorzar en casa, ya que su intención es cenar en la de Cal —Trey está creciendo a tal ritmo este verano que básicamente organiza sus días en función de la comida— y el orgullo le impide presentarse a su puerta dos veces en un mismo día en busca de alimento. Se cuida mucho de no traspasar los límites, puesto que, si sus deseos se hicieran realidad, viviría ahí. El hogar de Cal transmite paz. Por muy arriba en la montaña y aislada que se encuentre la casa de Trey, no encuentra ninguna paz en ella, la agobia lo abarrotada que está. Sus hermanos mayores ya no están, pero Liam y Alanna tienen seis y cinco años, respectivamente, y se pasan el día gritando por un motivo u otro. Maeve tiene once y siempre está quejándose y dando portazos a la puerta de la habitación que comparte con Trey. Incluso en aquellos momentos en que no están armando un escándalo por mera casualidad, su zumbido sigue presente. Su madre guarda silencio, pero no es un silencio que contenga paz. Ocupa espacio, como algo pesado y de hierro oxidado que la envolviera. Lena Dunne, que vive en la falda de las montañas y que fue quien le

dio a Trey el perro, asegura que su madre había sido habladora y que se reía con facilidad. No es que Trey no la crea, es que le resulta imposible evocar esa imagen.

Banjo sale del brezo de un brinco, exultante consigo mismo y acarreado algo que Trey puede oler a una milla de distancia. «Suéltalo», le ordena. Banjo le lanza una mirada de reproche, pero está bien amaestrado: suelta lo que sea que lleve y, al impactar contra el suelo, suena a mojado. Es estrecho y oscuro, quizá se trate de un armiño joven. «Buen perro», le dice Trey, soltando una mano de la silla para acariciarle la cabeza, pero no consigue apaciguarlo. En vez de salir corriendo de nuevo, camina fatigosamente a su lado, encorvado, para mostrarle que ha herido sus sentimientos. Cal acostumbra a decirle que es muy grande y mayor para comportarse como un cachorrito. Rip es tan peleón que seguiría presentando batalla aunque le hubieran arrancado una pata, pero a Banjo le gusta que la gente tome nota de su sufrimiento.

La ladera es escarpada en algunos tramos, pero las piernas de Trey están acostumbradas a esta montaña, y avanza a grandes zancadas. Sus zapatillas deportivas levantan nubecitas de polvo del suelo. Alza los codos para que el aire le seque las axilas, pero apenas hay brisa que cambie algo. Por debajo de ella se extienden los campos, un mosaico de tonalidades verdes que dibujan formas de ángulos extraños y que conoce tan bien como las grietas en el techo de su dormitorio. La recolección del heno está en marcha: pequeñas empacadoras se desplazan arriba y abajo, tomando con destreza las curvas delimitadas por muretes de piedra y dejando cilindros amarillos a su estela, como cagarrutas. Los corderos son retales blancos que corretean por la hierba.

Salte del sendero saltando por encima de un murete de piedra seca tan derruido que no necesita ayudar a Banjo a cruzarlo, atravesando una extensión de matojos retorcidos que le llegan a la cintura y que antes era un campo de cultivo y se adentra en un camino flanqueado de tupidas píceas. Las ramas filtran y agitan la luz del sol hasta conformar un resplandor mareante, y su sombra le re-

fresca la nuca. Por encima de ella, los pajarillos se emborrachan de verano, saltando nerviosos de aquí para allá y compitiendo por ver quién pía más fuerte. Trey simula un trino y sonríe cuando se quedan en silencio, intentando descifrarla.

Abandona el camino de árboles y sale al claro que queda detrás de su casa. Hace unos años le dieron una capa de pintura color mantequilla y parchearon un poco el tejado, pero nada es capaz de borrarle el aire a extenuación. Su espina dorsal se comba y los marcos de las ventanas están torcidos. El patio es todo malas hierbas y polvo, se funde con la ladera por los extremos y está repleto de objetos que Liam y Alanna utilizaban como juguetes. Trey ha invitado a casa a cada uno de sus amigos del colegio para demostrar que no se avergüenza de ella, pero no ha repetido. Su postura por defecto es mantener las cosas separadas. El hecho de que ninguno de sus amigos sea del pueblo lo ha facilitado. Trey no sale con gente de Ardnakelty.

En cuanto pone un pie en la cocina, advierte que hay algo diferente en la casa. Desprende un aire tenso y concentrado, sin movimientos ni ruidos diseminados. Antes de que le dé tiempo a algo más que no sea registrar este hecho y el olor a humo de tabaco, oye la risa de su padre, procedente de la sala de estar.

Banjo suelta un ladrido preliminar que se queda en resoplido. «No», dice Trey, rápido y bajito. Banjo se sacude el brezo y el barro, las orejas aleteando, y se abalanza sobre su bol con agua.

Trey se queda quieta durante un minuto, de pie sobre la amplia franja de luz natural que penetra por la puerta e impacta contra el gastado linóleo. A continuación, se dirige con sigilo al vestíbulo y se detiene frente a la sala de estar. La voz de su padre suena nítida y alegre y lanza preguntas que obtienen un balbuceo entusiasta de Maeve o un murmullo de Liam.

Trey piensa en marcharse, pero quiere verlo con sus propios ojos, asegurarse. Abre la puerta.

Su padre está sentado justo en el centro del sofá, recostado y sonriente, con los brazos alrededor de los hombros de Alanna y Maeve. Ellas también sonríen, pero con una expresión de incerti-

dumbre, como si acabaran de darles un gran regalo de Navidad que no están seguras de querer. Liam está apretujado en un rincón del sofá, mirando fijamente a su padre con la boca abierta. Su madre está sentada en el borde de un sillón, con la espalda recta y las manos sobre los muslos. Aunque ella siempre ha estado ahí y el padre de los niños lleva cuatro años sin aparecer, es Sheila quien parece sentirse fuera de lugar en la habitación.

—Vaya, vaya, por Dios bendito —dice Johnny Reddy, con los ojos en Trey, parpadeando—. Hay que ver. La pequeña Theresa ya ha crecido. ¿Qué edad tienes? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete?

—Quince —responde Trey. Le consta que en realidad parece menor de lo que es.

Johnny menea la cabeza en señal de asombro.

—Antes de darme cuenta, estaré alejando a los chavales de la puerta a bastonazos. ¿O voy tarde? ¿Ya te has echado un novio? ¿O dos o tres?

Maeve suelta una risa nerviosa y levanta la vista para leer en su rostro si ha hecho bien.

—No —contesta Trey, con desgana, cuando resulta evidente que él aguarda una respuesta.

Johnny suspira, con alivio.

—Entonces estoy a tiempo de agenciarme un buen palo. —Hace un gesto con la barbilla hacia la silla que Trey se ha olvidado de colocar en el suelo—. ¿Qué es eso? ¿Me has traído un regalo?

—Tengo que arreglarla —dice Trey.

—Se saca dinero con eso —interviene Sheila. Su voz suena más nítida que de costumbre y tiene las mejillas sonrosadas. A Trey no le queda claro si está contenta o enfadada con su regreso—. Así conseguimos el microondas nuevo.

Johnny se echa a reír.

—De tal palo, tal astilla, ¿no? Siempre con algo entre manos. Esa es mi chica —dice, guiñándole un ojo a Trey. Maeve se contonea bajo su brazo para recordarle su presencia.

Trey lo recordaba grande, pero es un hombre de tamaño medio, y flaco. Su pelo, del mismo tono marrón ratonil que el de ella,

le cae sobre la frente como a un adolescente. Sus tejanos, su camiseta blanca y su cazadora negra de cuero son las únicas cosas nuevas en esa casa. Su presencia confiere a la sala de estar un aspecto todavía más desastrado.

—Me llevo esto a casa de Cal —le dice Trey a su madre. Se da la vuelta y se dirige a la cocina.

—¿Cal, entonces? ¿Es uno de los chavales de Senan Maguire? —oye decir a su padre a sus espaldas en un tono divertido.

Banjo sigue bebiendo ruidosamente, pero, en cuanto entra Trey, pega un brinco, menea los cuartos traseros y se queda mirando, esperanzado, el bol de la comida. «No», le dice Trey. Coloca la cara bajo el grifo y se la frota para sacarse el sudor y la suciedad. Se enjuaga la boca y escupe con fuerza en la pila. A continuación, vuelve a formar un cuenco con la mano y bebe durante un buen rato.

Se da la vuelta con rapidez al oír un ruido a sus espaldas, pero se trata solo de Alanna, que lleva su conejito de peluche bajo una axila y con la otra mano abre y cierra la puerta. «Papá está en casa», dice, en lo que suena más a una pregunta.

—Sí —dice Trey.

—Dice que vuelvas dentro.

—Tengo que salir —dice Trey. Hurga en la nevera, encuentra lonchas de jamón y coloca un puñado generoso entre dos rebanadas de pan. Envuelve el sándwich en papel de cocina y se lo mete en el bolsillo trasero de los tejanos. Alanna, que no ha dejado de balancear la puerta, la observa ajustarse la silla a la espalda, llamar a Banjo con un chasquido de los dedos y adentrarse en la extensión de luz solar.

Cal está planchándose las camisas en la mesa de la cocina y sopesando si afeitarse o no. Cuando se dejó crecer la barba, aún en Chicago, su idea del clima irlandés se basaba en páginas web para turistas, donde abundaban los campos de un verdor esplendoroso

y gente sonriente luciendo jerséis de punto. Durante los dos primeros años de su estancia, el clima respondió a lo prometido por esas páginas web, más o menos. Este verano parece haber irrumpido desde una página web completamente distinta, quizá una dedicada a España. El calor tiene un componente de descaro y tozudez que Cal —acostumbrado a estas alturas a que un mismo día contenga unos pocos retazos de sol, numerosos grados de nubes y diversas variedades de lluvia— encuentra ligeramente perturbador. Este tiempo es una afrenta al paisaje, cuya belleza se asienta en la sutileza y la fluidez, y está cabreando a los granjeros: ha alterado los ciclos del forraje y del heno, las ovejas se muestran irritables y el pasto se ve amenazado. Se ha convertido en el tema de conversación predilecto entre los parroquianos del pub, desplazando a la inminente competición del Día Nacional del Perro Pastor, a la mujer que el hijo mayor de Itchy O'Connor se ha traído desde Dublín para casarse y al probable soborno en la construcción del nuevo centro de ocio del pueblo. Uno de los males menores es que la barba de Cal se ha convertido en una trampa para el calor. Cada vez que pone un pie fuera, la parte inferior de la cara parece vivir en su propio clima tropical.

Sin embargo, a Cal le gusta su barba. En su origen estuvo conectada, de una manera difusa, a su jubilación temprana: ya estaba harto de ser poli y de tener aspecto de poli. En lo que respecta a la gente de Ardnakelty, la barba no sirvió de nada: lo tenían calado antes incluso de deshacer las maletas. Con todo, para él seguía significando algo.

Incluso en los días de calor, en su casa se está fresco. Es una casa de campo enana, de los años treinta y sin nada de particular, pero las paredes son gruesas y sólidas, levantadas para cumplir con su función. Cuando Cal la compró, estaba a punto de desmoronarse, pero ha conseguido resucitarla, tomándose su tiempo, ya que no tiene mucho más que hacer. La habitación en la que se encuentra, que sirve sobre todo de salón y también un poco de cocina, ha alcanzado un punto en el que ya no parece un proyecto: es sencillamente un lugar agradable en el que estar. La ha pintado de

color blanco, con la pared del lado este de un dorado pálido —idea de Trey— para armonizar con la luz del sol que la baña. Con el tiempo ha ido adquiriendo algunos muebles para complementar los que dejaron los anteriores dueños: ahora cuenta con tres sillas alrededor de la mesa de la cocina, una mesa vieja en la que Trey hace los deberes, un sillón, un sofá de un azul desvaído al que le sentaría bien un retapizado e incluso una lámpara de pie. También se ha hecho con un perro. En su rincón, junto a la chimenea, Rip roe con ganas un hueso de goma. Rip es pequeño, de orejas caídas y constitución recia. Es medio *beagle*, con los rasgos dulces y las manchas blanquinegras aleatorias propias de la raza, pero Cal no ha conseguido descifrar la otra mitad. Sospecha que es lobuna.

A través de la ventana abierta, le llega la algarabía exuberante de los pájaros, quienes, al contrario que las ovejas, se regocijan en el calor y en la abundancia de insectos que les brinda. La brisa fluye, suave y dulce como la nata. Un abejorro entra con ella por error y comienza a golpearse contra los armarios. Cal le concede un tiempo para que piense y al final da con la ventana y sale raudo hacia la luz del sol.

Tras la puerta trasera, se oye un alboroto y un ladrido de felicidad. Rip abandona su rincón a toda prisa y atraviesa el pasillo hasta aplastar el hocico contra la puerta, con tanta fuerza que Cal no podrá abrirla. Esto ocurre con cada visita de Trey y Banjo, pero Rip, una criatura de lo más sociable, se excita demasiado para recordarlo.

«Atrás», le ordena Cal, y aparta a Rip con el pie. Entre temblores, Rip consigue contenerse el tiempo suficiente para permitir que Cal abra la puerta. Dos grajos jóvenes alzan veloces el vuelo desde un escalón en dirección a su roble, situado al fondo del jardín, riendo con tal fuerza que dan una voltereta en el aire.

Rip sale en estampida tras ellos, jurando hacerlos trizas. «Muy bien, cabronazo», dice Cal, divertido. Desde su llegada ha intentado construir una relación con su colonia de grajos. Está funcionando, pero no es exactamente el tipo de relación que tenía en

mente. Se había montado una especie de película de Disney en la que ellos le traían regalos y comían de su mano. No cabe duda de que los grajos lo consideran alguien de valor en el vecindario, sobre todo porque les deja restos de comida y a ellos les gusta meterse con él. Cuando se aburren, le gritan por la chimenea, arrojan piedras a los troncos de esta o golpean las ventanas. Los ladridos suponen una novedad.

A punto de alcanzar el árbol, Rip da un giro de ciento ochenta grados y rodea la casa en dirección a la carretera. Cal sabe lo que esto significa. Se encamina de regreso a la casa a desenchufar la plancha.

Trey entra sola por la puerta: Rip y Banjo juegan al pillapilla por el patio, acosan a los grajos y desentierran cuanto encuentran entre los setos. Los perros están familiarizados con los límites de las tierras de Cal, que abarcan diez acres, más que suficientes para mantenerlos ocupados. No van a salir a perseguir ovejas y buscarse que les disparen.

—Fui a buscarte esto —dice Trey, descargándose la silla de la espalda—. Es de la mujer que vive al otro lado de la montaña.

—Buen trabajo —dice Cal—. ¿Quieres almorzar?

—No. Ya he almorzado.

Al haber crecido igual de pobre que ella, Cal entiende la espionosa relación que Trey mantiene con los ofrecimientos.

—Hay galletas en el tarro, si te apetece recargar fuerzas —dice Cal. Trey se dirige a la alacena.

Cal cuelga la última camisa de una percha y deja la plancha en la encimera de la cocina para que se enfríe.

—Estoy pensando en deshacerme de esto —le dice, tirándose de la barba—. ¿Qué te parece?

Trey se detiene con una galleta en la mano y se lo queda mirando como si le hubiera sugerido la idea de pasarse desnudo por la que pasa por ser la calle principal de Ardnakety.

—No —dice ella, firme.

La expresión de su rostro lleva a Cal a sonreír.

—¿No? ¿Por qué?

—Parecerías estúpido.

—Gracias, criatura.

Trey se encoge de hombros. Cal tiene bien calado el amplio repertorio de encogimientos de hombros de Trey. Este significa que, habiendo dado su parecer, el asunto ya no es problema suyo. Se mete el resto de la galleta en la boca y lleva la silla al dormitorio pequeño, reconvertido en el taller de trabajo de ambos.

Conocedor de las limitaciones conversacionales de la chica, Cal extrae lo que necesita saber de lo que le comunican el momento y la calidad de sus silencios. En circunstancias normales, Trey no habría dejado el tema tan rápido, no sin antes haberse despedido a gusto sobre qué aspecto tendría tras un buen afeitado. Algo la inquieta.

Cal lleva sus camisas al dormitorio y se une a Trey en el taller. Es pequeño y soleado, se pintó con lo que sobró del resto de la casa y huele a serrín, barniz y cera de abejas. Está lleno de trastos, aunque dispuestos en orden. Cuando Cal advirtió que ambos se tomaban en serio la carpintería, construyeron una estantería muy robusta para las cajas de clavos, tarugos, tuercas, trapos, cepillos, tornillos, ceras, tintes y aceites para madera, tiradores para cajones y todo el resto. Hileras de herramientas cuelgan de tableros en las paredes, cada una de ellas con su forma correspondiente trazada en el lugar que tiene asignado. Cal empezó con la caja de herramientas de su abuelo y, desde entonces, ha acumulado casi todas las herramientas que existen, y algunas que ni siquiera existen oficialmente, pero que Trey y él han improvisado para adaptarlas a sus necesidades. Hay una mesa de trabajo y un torno, y en un rincón se levanta una pila de diferentes retazos de madera para reparaciones. En otro rincón descansa una rueda de carro destaralada que Trey encontró en algún sitio y que conservan por aquello de que nunca se sabe.

Trey extiende con el pie un trozo de tela sobre el que colocar la silla. Tiene un buen acabado. Fue fabricada a mano tanto tiempo atrás que el asiento presenta una profunda hendidura de tantos traseros como ha debido de soportar, y otra en la varilla delantera,

fruto de numerosos pies. El respaldo y las patas están torneados con delicadeza y salpicados de elementos decorativos. Sin embargo, se ha pasado buena parte de su vida cerca de los fogones o del fuego: el humo, la grasa y las capas de abrillantador la han cubierto de una película oscura y pegajosa.

—Bonita silla —dice Cal—. Habrá que empezar por limpiarla antes de hacerle nada.

—Ya se lo he dicho a la mujer. Le ha parecido bien. La fabricó su abuelo.

Cal inclina la silla para inspeccionar los daños.

—Por teléfono me ha dicho que el gato la había destrozado.

Trey suelta un escéptico pffff.

—Ya —dice Cal.

—Su hijo Jayden va a mi colegio —le cuenta Trey—. Es un capullo. Pega a los pequeños.

—Vete a saber —dice Cal—. Vamos a tener que reemplazar todo esto. ¿Por qué madera apuestas?

Trey examina el asiento, mantenido lo suficientemente limpio por todas esas posaderas hasta el punto de mostrar las vetas, y el interior de las grietas.

—Roble. Blanco.

—Sí, estoy de acuerdo. Mira si tenemos un trozo del grosor necesario para poder tornearlo. No te preocupes si no es del mismo color, vamos a tener que pintarla de todos modos. Procura que la veta se acerque lo máximo posible.

Trey se agacha junto al montoncito de restos de madera y empieza a remover. Cal se dirige a la cocina a mezclar vinagre blanco y agua caliente en una vieja jarra y luego le saca el polvo a la silla con un paño suave. Deja espacio a la chica para que hable, si le apetece, y la observa.

Ha crecido. Dos años atrás, cuando apareció por primera vez en su patio, era una cría delgaducha, silenciosa, con el pelo rapado por su propia mano y la inclinación propia de un lince rojo a salir huyendo o pelear. Ahora ya le llega por encima del hombro, el pelo al rape ha dado paso a cierto volumen alborotado, sus rasgos

están adquiriendo una nitidez nueva, y rebusca y se despatarra por su casa como si viviera en ella. Incluso mantiene conversaciones completas, la mayoría de los días. Carece del brillo y el artificio que algunos adolescentes comienzan a desarrollar, pero no deja de ser una adolescente, con su mente y su vida complicándose a cada día que pasa. Por las cosas que le cuenta, sobre el colegio, sus amigos o lo que sea, asoman nuevas capas subterráneas. A Cal le preocupa más de lo que parece preocuparle a ella. Estos días, siempre que detecta una señal de alarma en la chica, los brotes de terror en su interior surgen con más fuerza y oscuridad. Son demasiadas las cosas que pueden ocurrirle a uno con quince años y causar mucho daño. A su manera, Trey aparenta ser sólida como la madera noble, pero la vida le ha dado tantos golpes que es imposible que no tenga grietas por algún lado.

Cal encuentra un trapo limpio y empieza a frotar la silla con la mezcla de vinagre. El recubrimiento pegajoso se desprende con facilidad, dejando largas manchas marrones en el trapo. Tras la ventana, los cantos dispersos de los mirlos fluyen desde los campos lejanos y las abejas se deleitan en el trébol que ha tomado posesión del patio de Cal. Los perros han encontrado un palo con el que jugar al tira y afloja.

—Mi padre ha vuelto a casa —dice Trey mientras compara dos trozos de madera que sostiene en las manos.

Una sensación de parálisis invade a Cal de la cabeza a los pies. Este no se contaba entre los muchos temores que cosechaba en su interior.

Tras lo que se le antoja un largo rato, dice:

—¿Cuándo? —La pregunta es tonta, pero no le viene otra cosa a la cabeza.

—Esta mañana. Mientras yo estaba yendo a por la silla.

—Ya —dice Cal—. Bueno. ¿Planea quedarse? ¿O solo es temporal?

Trey encoge los hombros de forma exagerada: ni idea.

Cal desearía verle la cara. Le pregunta:

—¿Cómo te sientes?

—Puede irse a la mierda —dice sin emoción alguna.

—De acuerdo —dice Cal—. Me parece justo. —Quizá debería soltarle un discursito de mierda que incluyera las palabras «a fin de cuentas, es tu padre», pero Cal se ha impuesto la norma de no mangonear a Trey, y resulta que su opinión sobre Johnny Reddy coincide con la de ella.

—¿Puedo dormir aquí esta noche? —pregunta Trey.

La mente de Cal se paraliza de nuevo. Retoma la labor de frotar la silla, manteniendo un ritmo constante. Al cabo de un momento, dice:

—¿Te preocupa que tu padre pueda hacer algo?

—No —dice Trey con un resoplido.

Suena sincera. Cal se relaja un poco.

—Entonces, ¿qué es?

—No puede volver como si tal cosa —dice Trey.

Le da la espalda a Cal mientras remueve entre la madera, pero su columna vertebral está encorvada de un modo que refleja tensión y enfado.

—Ya —dice Cal—. Probablemente yo me sentiría igual que tú.

—Entonces, ¿puedo quedarme?

—No —dice Cal—. No es una buena idea.

—¿Por qué no?

—Bueno —dice Cal—. A tu padre podría no gustarle que te marcharas cuando acaba de volver al pueblo. E imagino que lo mejor será que yo no lo cabree de buenas a primeras. Si planea quedarse, preferiría que no tuviera inconveniente en que vengas por aquí. —No dice más. Trey tiene edad suficiente para entender algunos de los otros motivos—. Llamaré a la señorita Lena, a ver si puedes pasar la noche con ella.

La chica comienza a protestar, pero cambia de opinión y se limita a poner los ojos en blanco. Cal se sorprende al notarse agitado, como si se hubiese caído de una gran altura y necesitara sentarse. Acomoda el culo en la mesa de trabajo y saca su teléfono.

Se lo piensa un momento y opta por enviarle un mensaje en vez de llamarla:

«¿Puede quedarse a dormir Trey en tu casa esta noche? No sé si te ha llegado que su padre acaba de volver. No le apetece estar con él.»

Se queda inmóvil, observando cómo la luz del sol se desplaza por los delgados hombros de Trey mientras va descartando trozos de madera que saca de la pila, hasta que le llega la respuesta de Lena:

«Hay que joderse. No la culpo. Claro, ningún problema en que se quede.»

«Gracias —le responde Cal—. Te la enviaré después de cenar.»

—Estará encantada de que te quedes con ella —le dice a Trey, devolviendo el teléfono al bolsillo—. Pero debes decirle a tu madre dónde vas a estar. O pedirle a la señorita Lena que lo haga por ti.

Trey pone los ojos en blanco con más descaro.

—Esta —dice, empujando una vieja tabla de roble hacia él—. ¿Qué te parece?

—Sí —dice Cal, que se pone de nuevo con la silla—. Está bien.

Trey hace una marca en el extremo de la tabla con un rotulador negro y la devuelve al rincón.

—¿Esa cosa se desprende? —pregunta.

—Sí —dice Cal—. Va bien. Coser y cantar.

Trey encuentra un trapo limpio, lo introduce en la mezcla de vinagre y lo escurre con fuerza.

—¿Qué pasa si no le parece bien que venga por aquí? —pregunta.

—¿Piensas que se va a oponer?

Trey se detiene a meditarlo.

—Antes no le importaba una mierda adónde íbamos —dice.

—Entonces, no hay problema —dice Cal—. Lo más seguro es que esto tampoco le importe una mierda. Y si no es el caso, lo resolveremos llegado el momento.

Trey le lanza una mirada rápida.

—Lo resolveremos —le dice Cal.

Trey asiente, un movimiento firme, y empieza con la silla. El hecho de que su palabra la tranquilice hace que Cal sienta de nuevo la necesidad de sentarse.

Calmada o no, sigue mostrándose poco habladora, incluso para sus estándares. Al cabo de un tiempo, Rip y Banjo entran por la puerta delantera, sedientos, y beben ruidosamente de sus boles durante un buen rato hasta que se meten brincando en el taller en busca de algo de atención. Trey se agacha para jugar con ellos y se ríe cuando Rip la golpea bajo la barbilla con tanta fuerza que la tira al suelo de espaldas. A continuación, los perros se sientan a descansar en un rincón y Trey agarra el trapo y se pone de nuevo a la labor.

Cal tampoco tiene muchas ganas de hablar. Ni por un instante se le había cruzado por la cabeza que el padre de Trey fuera a volver a casa. Aunque de él no conoce más que las anécdotas que le han llegado, Johnny Reddy siempre se le ha antojado un tipo de persona con el que está familiarizado: el hombre que se pasea por un lugar nuevo proclamando ser aquello que le resulta más conveniente y espera a ver cuánto provecho puede sacarle a ese disfraz, hasta que llega el momento en que se le cae a trozos y ya no puede cubrirlo. A Cal no se le ocurre un solo motivo para su regreso al único sitio en el que no puede presentarse más que como quien realmente es.

Lena cuelga la ropa en el tendedero. La labor la llena de un gozo íntimo y exagerado. La hace intensamente consciente del aire que la rodea, cálido y dulce gracias al heno segado, de la generosa luz solar que la baña y del hecho de que se yergue donde generaciones de mujeres la precedieron llevando a cabo la misma tarea frente al verdor de los campos y el contorno lejano de las montañas. Cuando su esposo murió, cinco años atrás, aprendió la habilidad de regocijarse en cualquier migaja de felicidad que se le presentara. Una cama limpia o una tostada untada con la cantidad idónea de

mantequilla podían descargarle el peso que llevaba sobre los hombros el tiempo suficiente para respirar profundamente, una o dos veces. Una leve brisa ondea las sábanas tendidas y Lena canta para sí fragmentos a media voz de canciones escuchadas en la radio.

—Bueno, bueno, dichosos los ojos —dice una voz a sus espaldas—. Lena Dunne. En toda su gloria.

Al darse la vuelta, Lena ve a Johnny Reddy recostado sobre la cancela delantera y repasándola de arriba abajo. Johnny siempre te inspeccionaba de un modo que parecía estar recordando con satisfacción cómo te habías comportado en la cama. Dado que jamás estuvo en la de Lena ni iba a estarlo en el futuro, no piensa perder el tiempo en tonterías.

—Johnny —le dice, repasándolo a su vez de arriba abajo—. Me había llegado que estabas en casa.

Johnny se echa a reír.

—Por Dios bendito, las noticias siguen volando por aquí. Este lugar no ha cambiado un ápice. —Y añade con una sonrisa afectuosa—: Tú tampoco.

—Sí que lo he hecho —dice Lena—. Gracias a Dios. Eres tú el que no ha cambiado.

Es cierto. Salvo por unas canas incipientes, Johnny tiene el mismo aspecto que cuando arrojaba guijarros contra su ventana y la llevaba, junto con otra media docena de chicas, a la discoteca del pueblo, todas apelonadas en el destartado Ford Cortina de su padre, atravesando veloces la oscuridad y chillando tras cada socavón. Incluso conserva la misma postura de pie, relajado y liviano como un chaval. Esto confirma su teoría de que los hombres inútiles son los que envejecen mejor.

Johnny sonrío y se pasa la mano por los cabellos.

—Sea como sea, conservo el pelo. Eso es lo más importante. ¿Cómo te han ido las cosas?

—De fábula —dice Lena—. ¿Y a ti?

—Nunca he estado mejor. Es maravilloso estar en casa.

—Estupendo —dice Lena—. Me alegro por ti.

—He estado en Londres —le cuenta Johnny.

—Sí, lo sé. Buscando tu fortuna. ¿La encontraste?

Lena espera una historia llena de florituras en la que se encontraba a las puertas de un montón de millones cuando un malvado apareció de repente para arrebatarse la oportunidad en sus narices, relato que concedería interés a su visita hasta hacer que mereciera algo la pena. En su lugar, Johnny se da un golpecito travieso en la nariz y dice:

—Ah, es que no puedo revelarlo. Es un proyecto en marcha. Solo personal autorizado.

—Vaya, mierda —dice Lena—. Me he olvidado de traer el casco. —Vuelve a ponerse con la colada, pensando que al menos Johnny podría haberse esperado a que acabara de disfrutar de la tarea.

—¿Te echo una mano con eso? —le pregunta Johnny.

—No es necesario —dice Lena—. Ya he acabado.

—Magnífico. —Johnny abre la cancela y hace un gesto con la mano en su dirección—. Entonces puedes acompañarme a dar un paseo.

—Tengo otras cosas que hacer.

—El resto puede esperar. Te mereces un descanso. ¿Cuándo fue la última vez que te tomaste el día libre? Antes se te daba de miedo.

Lena se lo queda mirando. Conserva esa sonrisa, ese pliegue pícaro y amplio que despertaba tu lado temerario y te inducía a pensar que el riesgo era bajo. Lena lo mantuvo a raya, excepto por lo de subirse al veloz Cortina. Acostumbraba a echarse unas risas con Johnny, pero, aun siendo el tipo más atractivo y más encantador de Ardnakelty y alrededores, nunca consiguió estimularla lo suficiente como para permitirle ir más allá de tocarla por fuera del sujetador. Carecía de sustancia: no poseía nada capaz de retenerla. En cambio, Sheila Brady, amiga suya en aquellos tiempos, siguió convencida de que el riesgo era bajo y de que la sustancia debía de estar escondida por algún lado, hasta que se quedó embarazada. A partir de ese momento, la ola levantada por Johnny provocó que todo fuera cuesta abajo para ella.

Sheila era mayorcita y lo suficientemente lista como para tomar sus propias decisiones, pero la ola de Johnny arrastró también a sus hijos. Lena siente un cariño por Trey Reddy que no le despierta ningún otro ser humano.

—¿Sabes a quién le encantaría tomarse el día libre? —dice Lena—. A Sheila. A ella también se le daba de miedo.

—Seguro que está en casa con los niños. Theresa se ha ido a alguna parte; ha salido a su padre: no puede estarse quieta. Los otros son demasiado pequeños para cuidar de sí mismos.

—Pues entonces vete a casa a cuidarlos. Así Sheila podrá irse a dar un paseo.

Johnny se echa a reír. La pulla no le afecta; no se siente avergonzado ni molesto. Este es uno de los motivos que impedían que Lena se sintiera atraída por él: podías calarlo y dejarle bien claro que lo habías hecho, que él se quedaba tan pancho. Si no caías en sus embustes, había una larga cola de gente esperando para hacerlo.

—Sheila estará hasta el moño de estos campos. Soy yo el que llevo años echándolos de menos. Venga, ayúdame a disfrutarlos. —Balancea la cancela, invitándola a cruzarla—. Puedes contarme qué has estado haciendo todo este tiempo y yo te contaré cómo me fue por Londres. El viejo que vivía en el piso de arriba era de Filipinas y tenía un loro que maldecía en su idioma. Esto no lo encuentras en Ardnakelty. Te enseñaré cómo llamar «hijo de saltamontes» a cualquiera que te moleste.

—La tierra que pisas se la vendí a Ciaran Maloney —dice Lena—, a eso me he dedicado. Si te encuentra en ella, te echará a patadas. Entonces podrás llamarlo «hijo de saltamontes». —Recoge el cesto de la ropa y se mete en casa.

Por la ventana de la cocina, aunque retirada a cierta distancia, lo observa alejarse con calma por los campos en busca de algún otro al que sonreír. Debe reconocerle que su acento no ha cambiado nada. Habría apostado a que regresaría hablando como Guy Ritchie, pero sigue sonando como un tipo de las montañas.

Ahora que su rabia se desvanece y deja espacio, asoma a la superficie algo que revoloteaba por su cabeza. Johnny siempre hacía

su entrada a lo grande. Cuando se presentaba bajo su ventana, olía a loción para después del afeitado —probablemente robada—, lucía unos tejanos recién planchados, no llevaba ni un pelo fuera de sitio y el Cortina estaba tan encerado que centelleaba. Era el único tipo que Lena conocía cuyas uñas jamás estaban rotas. Hoy sus ropas relucían, nuevas de la cabeza a los pies y para nada baratas, pero el cabello le caía sobre las orejas y los ojos de un modo descuidado. Intentaba recolocárselo, pero había crecido demasiado para domarlo. Si Johnny ha llegado al pueblo tan apurado como para no haber tenido tiempo de cortarse el pelo, es que tiene problemas pisándole los talones.

Cuando Trey y Banjo ponen rumbo a casa de Lena, ya son más de las diez y la larga tarde estival queda atrás. Polillas y murciélagos remolinean por la vasta franja de oscuridad. Al pasar entre los campos le llega el sonido de las vacas desplazándose con lentitud y tomando posiciones para echarse a dormir. El aire conserva el calor de la jornada, que se eleva desde la tierra. El cielo está despejado y abarrotado de estrellas: mañana hará otro día caluroso.

Trey va repasando los recuerdos que conserva de su padre. No ha pensado mucho en él desde que se marchó, por lo que necesita un rato para que le venga algo. Le gustaba distraer a su madre, agarrarla por la cintura cuando limpiaba los fogones y bailar con ella por el suelo de la cocina. De tanto en cuanto, cuando había bebido y algo iba mal, les pegaba. Otras veces jugaba con ellos como un crío más. Él y Brendan, el hermano mayor de Trey, se subían a los pequeños a las espaldas para jugar a los vaqueros y perseguir a Trey y Maeve por el patio, intentando capturarlas. Le gustaba prometerles cosas, le encantaba ver cómo sus rostros se encendían cuando les decía que los llevaría al circo en Galway, o que les compraría un coche de juguete capaz de trepar por las paredes. No parecía sentir la menor necesidad de cumplir sus promesas. De hecho, siempre parecía sorprendido y algo ofendido

cuando se las recordaban. Trey no tardó en dejar de jugar a los vaqueros.

Las luces de la casa de Lena están encendidas: tres rectángulos, pequeños, diáfanos y amarillos, contra los oscuros y extensos campos. Sus perras, Nellie y Daisy, le anuncian la llegada de Trey y Banjo. Antes de que lleguen a la cancela, Lena abre la puerta y los espera bajo la luz. Ver a Lena relaja un poco los músculos de Trey. Lena es alta y de complexión fuerte, con curvas pronunciadas, pómulos amplios y una boca ancha, cabello claro y abundante y ojos muy azules. Todo en ella tiene peso, no hay nada a medio hacer. Ocurre lo mismo con Cal: es el hombre más alto que conoce Trey y uno de los más fornidos, de cabello castaño y grueso, una tupida barba también castaña y manos del tamaño de palas. Trey está diseñada para ser ágil y pasar desapercibida, por lo que no se ve reflejada en ellos, pero esto no quita que la solidez que desprenden Cal y Lena le produzca un gozo profundo.

—Gracias por dejar que me quede —le dice Trey en la entrada, tendiéndole una bolsa de cierre hermético llena de carne—. Conejo.

—Muchas gracias —dice Lena. Sus perras revolotean entre Trey, Banjo y la bolsa. Lena las aleja palmeándoles la nariz—. ¿Lo has cazado tú?

—Sí —dice Trey, acompañando a Lena al interior. Cal tiene un rifle de caza y una madriguera en sus terrenos. Lo del conejo fue idea de él: en su opinión, la etiqueta manda que lleves algo a casa de tu anfitrión. Trey está de acuerdo. Le desagrada la idea de estar en deuda, incluso con Lena—. Recién cazado. Tienes que mantenerlo un día en la nevera o se pondrá duro. Luego ya puedes meterlo en el congelador.

—Quizá me lo coma mañana. Hace mucho que no pruebo el conejo. Recuérdame cómo lo freís Cal y tú.

—Con ajo y relleno de tomates y pimientos.

—Oh —dice Lena—, no tengo tomates. Tendría que ir donde Noreen a conseguirlos y entonces querría saber qué pienso cocinar, cómo conseguí el conejo y qué haces en mi casa. Aunque no le contara nada, se lo olería.

La hermana de Lena regenta el colmado del pueblo, y ya puestos, el resto del pueblo.

—Probablemente ya lo sepa —dice Trey—. Lo de mi padre.

—No me sorprendería —dice Lena—. Pero tampoco es plan de darle ventaja. Que se lo trabaje.

Guarda el conejo en la nevera.

Preparan la cama para Trey en la habitación de invitados, grande, bien ventilada y pintada de blanco. La cama es un armatoste amplio con dosel, de unos setenta u ochenta años, calcula Trey, y fabricada de roble macizo. Lena retira la colcha y la dobla.

—No vas a necesitarla con este calor —le dice.

—¿Quién más duerme aquí? —pregunta Trey.

—Ahora ya nadie. Sean y yo solíamos tener invitados que venían de Dublín a pasar el fin de semana. Tras su muerte, pasé un tiempo sin querer ver a nadie. Jamás recuperé el hábito. —Lena arroja la colcha dentro de un cajón a los pies de la cama—. Tu padre se ha pasado esta tarde.

—¿Le has dicho que iba a dormir aquí? —pregunta Trey.

—No. Sí que le he enviado un mensaje a tu madre.

—¿Qué ha dicho?

—Estupendo. —Lena agarra una sábana de una pila que reposa sobre la silla y la sacude—. La he tenido un buen rato en el tendedero, por lo que debería estar suficientemente ventilada. ¿Qué te parece que tu padre haya vuelto a casa?

Trey se encoge de hombros. Sujeta dos esquinas de la sábana cuando Lena se la lanza y comienza a extenderla sobre el colchón.

—Mi madre podría haberlo mandado a la mierda.

—Tendría todo el derecho —coincide Lena—. Pero no creo que le diera la menor oportunidad. Seguro que se presentó en la puerta con una gran sonrisa y un gran beso y se escabulló dentro antes de que ella pudiera reaccionar. Cuando ya tomó conciencia de lo que ocurría, era demasiado tarde.

Trey le da vueltas a esto. Suena creíble.

—Podría hacerlo mañana —dice.

—Podría —dice Lena—, o no. Un matrimonio es algo bien extraño.

—Yo nunca me casaré —dice Trey. A Trey el matrimonio, y cualquier otra cosa que se le parezca, le produce una desconfianza profunda. Sabe que Lena pasa algunas noches en casa de Cal, pero tiene su propia casa, a la que puede volver siempre que le plazca y sobre la que nadie tiene nada que decir ni derecho de admisión. A sus ojos, este arreglo es lo único que tiene sentido.

Lena se encoge de hombros, remetiéndolo a una esquina con más fuerza.

—Algunos te dirán que ya cambiarás de opinión. Quién sabe. El matrimonio funciona para algunos, al menos durante una parte de sus vidas. No es para todos.

—¿Vas a casarte con Cal? —le pregunta Trey de forma abrupta.

—No —dice Lena—. Me encantó estar casada, la mayor parte del tiempo, pero ya es agua pasada. Soy feliz como estoy.

Trey asiente. Las palabras de Lena la tranquilizan. Llevaba un tiempo queriendo formularle la pregunta. Ve con buenos ojos la relación entre Cal y Lena —si alguno de los dos saliera con otra persona, la situación se complicaría—, pero quiere que las cosas se queden como están, con cada uno en su propia casa.

—No me han faltado ofertas, no te pienses —añade Lena, extendiendo la sábana encimera por la cama—. Hace unos años, Bobby Feeney se presentó en mi puerta vestido con su ropa de domingo y un ramo de claveles en la mano para explicarme por qué sería un buen segundo marido.

Trey suelta una carcajada antes de saber que iba a hacerlo.

—Oye, oye —dice Lena en tono de reproche—, que el hombre iba muy en serio. Lo tenía todo planeado. Me dijo que sería de ayuda con las ovejas, pues tenía experiencia con el ganado, y que era muy bueno arreglando cosas, de modo que ya no debería preocuparme si se fundía un fusible o se salía el pomo de una puerta. Dado que yo empezaba a ser mayor para tener un bebé, no lo presionaría para ser padre, y, como él tampoco es que fuera un chaval, no se pasaría el día detrás de mis faldas. La mayoría de las

tardes acude al pub o sube a lo alto de las montañas para detectar ovnis, por lo que no lo tendría incordiando por casa. Su única inquietud era que su madre no bendecía la unión, pero estaba convencido de que conseguiríamos hacerla cambiar de opinión, sobre todo si yo era capaz de preparar un buen pudin de arroz. Parece ser que a la señora Feeney le pirra el pudin de arroz.

La sonrisa no abandona el rostro de Trey.

—¿Qué le dijiste?

—Bobby no es mal tipo —dice Lena—. Es un tarugo de primera, pero no se lo puedo reprochar, lo es desde que íbamos en pañales. Le dije que tenía muy buenos argumentos, pero que me había acomodado tanto a ciertas costumbres que no me veía haciendo cambios. Luego le di un tarro de mi mermelada de zarzamoras para que su madre la untara en el pudin de arroz y lo mandé para casa. Me dio la impresión de que la mermelada lo hizo más feliz de lo que yo habría conseguido jamás. —Le arroja una funda de almohada a Trey—. Banjo puede dormir en la habitación, si quieres.

—Se subirá a la cama.

—Estupendo. Siempre que no la moje.

—¿Cuánto tiempo me puedo quedar? —pregunta Trey.

Lena la mira fijamente.

—Mañana vuelve a casa —le dice—. Mira cómo están las cosas, durante un día, dos o tres. A partir de ahí, vemos qué hacemos.

Trey no se molesta en discutir. Lena es de opiniones firmes.

—¿Luego podré volver?

—Probablemente, si es lo que quieres. Espera a ver.

—Voy a encerrarla —dice Trey, haciendo un gesto en dirección a la cama—. Necesita una nueva capa.

Lena sonrío.

—No le iría mal, es cierto —dice—. Pero ahora es mejor que descanses. Voy a buscarte una camiseta.

La camiseta huele al sol que la ha secado y al detergente en polvo de Lena, que es diferente del que usa la madre de Trey.

Trey yace despierta durante un rato, escuchando los golpes y crujidos que provoca Lena al prepararse para ir a dormir. Le gusta la amplitud de la cama y no tener pegada a Maeve sorbiéndose los mocos, soltando patadas y manteniendo conversaciones odiosas consigo misma. Incluso en sueños, Maeve se muestra contrariada con la mayoría de las cosas que la rodean.

Aquí abajo la noche suena diferente. Arriba, en las montañas, siempre hay un viento intimidador golpeando las contraventanas sueltas y emitiendo un murmullo inquietante en los árboles que borra cualquier otro ruido. Aquí Trey es capaz de oír las cosas con nitidez: el crujido seco de una ramita, un búho a la caza, zorros jóvenes peleándose en los campos lejanos. Banjo se da la vuelta a los pies de la cama y emite un suspiro profundo y ostentoso.

Pese a la cama y la paz, Trey no consigue dormirse. Siente que debe estar preparada, por si las moscas. La sensación es al mismo tiempo extraña y familiar. Trey es buena a la hora de percibir cosas fuera de sí misma, pero no le interesa percibir lo que le ocurre dentro, de modo que tarda un tiempo en advertir que así es como se sentía la mayor parte del tiempo, hasta hace unos pocos años, antes de Cal y Lena. La sensación fue diluyéndose de manera gradual hasta olvidarse de ella. Hasta ahora.

Trey tiene muy claro lo que le gusta y lo que no le gusta, y le gustaba mucho más cómo era su vida esta mañana. Yace inmóvil en la cama, escuchando a las criaturas moverse fuera de la ventana y al viento nocturno discurrir montaña abajo.

El cazador

Una novela policíaca que explora lo que hacemos por nuestros seres queridos, lo que hacemos por venganza y lo que sacrificamos cuando ambas cosas chocan.

Durante un verano abrasador, dos hombres llegan a un pueblo del oeste de Irlanda con la intención de hacerse ricos. Lo que no pueden imaginar es que uno de ellos va a morir.

Cal Hooper, exdetective de la Policía de Chicago, se ha trasladado a Irlanda en busca de paz y cree haberla encontrado junto a Lena y la adolescente medio salvaje Trey. Por eso, cuando reaparece el padre ausente de Trey con otro hombre y un plan para encontrar oro en el pueblo, Cal se prepara para hacer lo que sea necesario para protegerla. Pero Trey no quiere protección, quiere venganza.

AdN

3655028

